

EL COMERCIO.

Año XXXV.

Sábado 8 de Setiembre de 1877.

Núm. 12,361

CADIZ 8 DE SETIEMBRE.

Dos días hace que nuestro Ayuntamiento se ocupa con solícito interés en estudiar la grave cuestión del déficit del presupuesto municipal.

Con decir que el déficit se eleva á la cuantiosa suma de 571.821 pesetas y que no hay posibilidad de cubrirlo, como no sea, agoviando á la población mas aun de lo que ya lo están con ruinosísimos impuestos, está dicho todo para que nuestros lectores comprendan hasta qué punto es insoluble el problema que en los momentos presentes está llamado á resolver el municipio gaditano.

Desde que vino á la prensa esta cuestión, digimos que los que proponen economías, como único medio de salir de la dificultad, no conocen siquiera en sus detalles el presupuesto municipal de Cádiz, y aquellos de nuestros lectores que hayan asistido á las dos últimas sesiones del Ayuntamiento habrán podido persuadirse de que es imposible reducir, como no sea en cantidades mínimas, los gastos del presupuesto, si los servicios públicos han de estar atendidos, tan económicamente como se quiera, pero en la forma que exigen hoy las necesidades de un pueblo culto.

En materia de economías se ha hecho bastante, se ha hecho mucho en estos dos años y medio últimos. Baste decir que los gastos del presupuesto de 1877-78, ofrecen una baja con relación á los del año de 1874-75 de 325.307 pesetas.

En ese debate amplio, detenido y minucioso sobre los gastos municipales que ayer tuvo lugar, se puso completamente en claro que aquí no hay mas que dos clases de bajas que puedan hacerse en el presupuesto, ó las que no están al alcance ni dentro de las atribuciones del ayuntamiento, ó las que, en cantidad relativamente insignificante, afectarían á determinados servicios, ó á determinados gastos voluntarios, como el de la Velada por ejemplo, con grave perjuicio de la ciudad y sin que por eso se resolviese tampoco la cuestión del déficit.

Muy oportunamente recordaba á este propósito en la sesión de ayer el Sr. Morales Borrero, presidente de la Comisión de Hacienda, al clamor que se levantó entre los que ahora piden economías cuando algunos Sres. Concejales proponían la supresión de la Velada, ó cuando se hizo el ensayo de reducir el número de luces de gas que alumbran á la población. Malo si se hacen economías, y malo si no se hacen. De todos modos los descontentos han de cumplir su ingrata tarea de murmurar.

La verdad es que al Ayuntamiento no se le pueden exigir milagros. Su presupuesto de ingresos asciende á 2.264.960 ptas., y los gastos forzosos, ineludibles, los gastos que pesan sobre la ciudad en virtud de disposiciones legales que hay necesidad de cumplir ó de obligaciones contraídas con el mismo carácter legal, importan próximamente 1.880.000 ptas. Quedan, pues, disponibles poco mas de 380.000 pesetas para todos los gastos mas ó menos obligatorios; mas ó menos voluntarios que constituyen las atenciones propias del Municipio, como el personal y material, municipales; serenos, alumbrado público, jardines, madronas y adoquinado, festividades, etc., etc. Digaseas,

pues, si hay posibilidad de que una capital de provincia encierre en tan exigua suma sus gastos municipales.

No hay remedio: ó se cubre el déficit con nuevos impuestos, cuya legalidad sería muy cuestionable y que no sabemos como habrían de hacerse efectivos en el estado calamitoso de la población, ó se deja aquel, por el momento, sin cubrir, aplazando la cuestión para cuando el gobierno resuelva sobre las reclamaciones que han de dirigirsele, ya para que autorice el recargo de los derechos de ciertas especies de consumo hasta el límite á que ha llegado otras veces la exacción, ya para que la base del encabezamiento de consumos, y por consiguiente del 50 por ciento que percibe la provincia, sea el número de habitantes que realmente hay en Cádiz, que son 57.000 y no los 72.000 del censo de 1862.

Por uno de estos dos caminos es preciso optar. El conflicto, en nuestro sentir, no puede resolverse de otro modo.

Refiriéndose *La Epoca* á sus correspondencias de Italia, trae las siguientes noticias y apreciaciones que no pueden menos de interesarnos vivamente.

«Desde luego, dice, nos tranquilizan respecto á todos los rumores alarmantes que con una persistencia de mal género se hacen correr sobre la preciosa salud del Papa. No sabemos cual sea el objeto que se propongan los telegramas y las correspondencias enviadas al extranjero afirmando todos los días, para ser desmentidos al siguiente, que Pío IX se encuentra en estado delicadísimo y que se hallan contadas las horas de su preciosa existencia. Pero mas extraño y censurable es todavía que estas cosas se estampen en la prensa de la misma Roma. Tenemos á la vista colecciones de periódicos de la Ciudad Eterna, de Nápoles y de Milan, y raro es el número en que no hallamos que el Santo Padre habia pasado una noche fatalísima; que los médicos de Su Santidad habian sido llamados á toda prisa al Vaticano, y hasta por las calles de la Ciudad Eterna habia corrido acreditadísima la nueva de su fallecimiento. *El Pungolo* de Nápoles va mas allá: en él se lee que todo estaba preparado para el Cónclave; que el cardenal camarlengo habia sido autorizado por Pío IX, ó para convocar el Cónclave inmediatamente despues de su muerte, ó para esperar, antes de proceder á la elección de nuevo Pontífice, la llegada de los cardenales extranjeros, que hoy son bastante numerosos en el Sacro Colegio. Y llevando mas allá la inventiva, afirman seriamente, sin temor de que de ello se rían los mismos ministros italianos, que el mismo cardenal camarlengo se habia dirigido al gobierno del rey de Italia demandándole si el Cónclave futuro tendría todas las garantías de libertad é independencia apetecidas á lo cual el Quirinal habria contestado de la manera mas satisfactoria.

No necesitamos ciertamente desmentir estas noticias tan inverosímiles. Nuestros corresponsales de Roma nos dan la única esplicacion de ellas. El calor está siendo este año horrible en Italia, donde el termómetro señala constantemente 40 grados en Roma, Florencia y aun las ciudades del Norte. El Santo Padre que no respira otro aire que el del Vaticano, se resintió, como todo el mundo, de esta tensión de la atmósfera, y perdiendo el sueño y el apetito, dió evidentes señales de un abatimiento que no le impidió, sin embargo, tener mas de una recepción de católicos en las estancias de su palacio y cumplir con todos sus deberes religiosos. Los médicos de cámara, no pudiendo hacerle ir á Castel Gandolfo, consiguieron, no sin trabajo, que su Santidad cambiase su estancia de dormir por otra mas vasta y mejor ventilada, y desde entonces Pío IX se encuentra mejor que la mayor parte de los

abrasados habitantes de Roma, pues su vida metódica y su frugalidad son una gran ventaja en esta estación.

Quiere esto decir que no háya algún temor para la entrada del invierno en los que mas de cerca ven al Santo Pontífice y que ciertas potencias de Europa no se preocupen de sucesos que están en la prevision de los gobiernos que no vienen al día? No, ciertamente. La cuestión del futuro Cónclave, del veto que corresponde á determinadas naciones, de la influencia que la union de estas puede ejercer en todo lo que interesa al porvenir de la Iglesia, están á la orden del día, y nuestros corresponsales en el extranjero tienen motivos para creer que se cambian continuas comunicaciones sobre estos extremos entre las principales cancillerías de Europa. España, que mas que ninguna otra potencia desea la prolongación de los preciosos días de Pío IX y que ni con el pensamiento puede hacer nada que suponga su abreviación, se halla perfectamente al corriente, sin embargo, de todo lo que sobre estas cuestiones se piensa y se agita en Europa y en Roma.

Otro de los extremos de que se ocupan nuestras cartas de Italia es el relativo á los rumores persistentes tambien, aunque inverosímiles, que se refieren al duque de Aosta, y que han cobrado nueva fuerza despues de su última desgracia, afortunadamente sin consecuencias funestas. Nuestros lectores saben la vida retraída que este príncipe viene haciendo. Antes de la muerte de la duquesa de Aosta, y prestando la enfermedad de su esposa, habia rehusado ya aceptar la lugartenencia de Sicilia y un mando activo en el ejército de Italia. Pasados los primeros días del dolor, y para sustraerlo á él, se empeñó el rey su padre en que fuese director de una de las grandes armas del ejército. Igual resistencia é invencible negativa. Acaeció despues el envío de la preciosa memoria que la duquesa de Aosta habia dejado para Su Santidad, con cuyo motivo mediaron cartas muy significativas entre Pío IX y el príncipe Amadeo, y mas tarde su caída del carruaje, poniendo en peligro su vida y dando lugar á nuevas comunicaciones entre el Vaticano y el palacio del antiguo príncipe de la Cisterna, que habitaba en Turin el duque de Aosta. A las bendiciones del Santo Padre en la hora del peligro, signieron despues las felicitaciones por el restablecimiento de su salud y la natural expresion de la gratitud del príncipe.

Retirado este con sus hijos al palacio real de Stupinia, cerca de Turin, uno de los últimos días un diario de Milan sorprendió al público con la noticia de que mientras el Rey y el príncipe Humberto, desafiando los grandes calores, de este estilo, dirigen ó presiden las grandes maniobras militares que en el Mediodía de Italia simulan batallas entre un ejército que, desembarcando en Gaeta, marcha á la conquista de Roma, próxima á ser fortificada, y en el Norte; representan una serie de acciones entre fuerzas que se disputan la posición de los Apeninos, el duque de Aosta, querido en el ejército, joven, y que en los campamentos debia buscar la distracción de sus penas, habria resuelto enviar sus hijos á Bélgica al cuidado de la familia de Merode, á la que es sabido pertenecía su esposa, mientras él se retiraba á un manasterio.

La noticia era falsa y en su primera parte, irrealizable. Efectivamente, los hijos del príncipe Amadeo no tienen delante de sí para suceder en el trono de Italia mas que al príncipe Humberto y al duque de Nápoles, y es bien seguro que ni el Rey su abuelo ni el Parlamento italiano permitirían nunca su salida del reino. Pero falsa é infundada, no por eso deja de producir su efecto la nueva del periódico de Milan, haciendo meditar á muchos sobre los verdaderos móviles y las causas, hasta ahora no esplicadas, del absoluto retraimiento en que vive el que fué un día Rey de España. Su padre que lo ama mucho, espera que el tiempo cure sus heridas, y que vuelva, como el príncipe Humberto y el jóve duque de Génova, que empieza á hacer un papel distinguido en las escuadras italianas, á consagrarse al servicio de su patria.

Por último, nuestros corresponsales nos dan cuenta de las mil noticias que se han leído esta semana en los telegramas de la prensa francesa y en las columnas de *L'Italie* de Roma sobre el estado de relaciones entre España y la Santa Sede, con ocasion de nuevas peregrinaciones de carácter carlista que se anunciaban para el otoño y de las negociaciones pendientes sobre la iglesia y hospital de Italianos de Madrid. Apresurémonos á desmentir ante todo cualquier noticia referente á conflictos de ningún género entre el Vaticano y el gobierno de S. M. el rey D. Alfonso, cuyas relaciones son hoy cordialísimas, como lo demostrarán las comunicaciones que han mediado recientemente con motivo de un fausto suceso, que espera España, y que ha producido en Su Santidad el mismo placer que en cuantos se interesan por la felicidad de un príncipe querido y por la consolidación de nuestra augusta dinastía. No sabemos si el pensamiento de una peregrinación de tendencias mas ó menos contrarias al actual orden de cosas ha existido en algunas cabezas calenturientas; pero lo que podemos afirmar es que, de llegar á noticia de Su Santidad Pío IX, lo habria rechazado enérgicamente.

La cuestión de la Iglesia y hospital de Italianos, aunque delicada como son todas las cuestiones de carácter internacional, y mucho mas cuando en ellas interviene poderes por desgracia tan apartados como lo están la Santa Sede y la Italia, no ha presentado nunca una gravedad que justificase la a surda nueva enviada desde Roma, y por telégrafo á Paris, de que el Nuncio de Su Santidad podria en ciertas eventualidades abandonar la España. Pero si esto no ha tenido la mas leve verosimilitud nunca, pensamos que *L'Italie* de Roma avanza demasiado, anunciando en su número del 30 que la cuestión se halla resuelta definitivamente, devolviendo el gobierno español á la nunciatura la iglesia de los Italianos y dando el hospital á la legación de Italia en Madrid. *L'Italie*, que recibe inspiraciones en esferas oficiales, justifica su noticia diciendo que el rey D. Alfonso, viéndose entre las contrarias y absolutas pretensiones del Vaticano y del Quirinal, se habria dirigido al Santo Padre, manifestándole la pena que le creaba una situación semejante y los compromisos que esto podria ocasionar á tantas instituciones españolas de carácter piadoso como existen en Italia. El Santo Padre, aunque reservando siempre los derechos de la Santa Sede, que diplomáticamente no habria renunciado nunca á ser una potencia temporal, parece, segun el diario de Roma, que habria consentido que el Nuncio recibiese la iglesia de los Italianos, sobre la cual no ha habido nunca cuestión con el gobierno de S. M., y que el hospital, repartiéndose sus rentas con aquella, quedase al cuidado de una comisión italiana establecida en Madrid, y bajo la inspección naturalmente del representante del único Estado existente hoy en Italia. El conde Greppi, de acuerdo con su gobierno, que se ha mostrado conciliador en este asunto, habria por su parte aceptado esta solución antes de hacer uso de la licencia que tiene para ir á Italia.

Repetimos que ignoramos la verdad absoluta de todas las noticias de *L'Italie* y que dudamos de la intervencion directa de nuestro augustó monarca en una cuestión que han sabido conducir siempre perfectamente sus ministros y con arreglo á sus instrucciones los representantes de España en Roma. Si el rey hubiese acudido á la bondad de Pío IX, de seguro no habria acudido en vano, pues ya en los últimos días del cardenal Antonelli, la solución, tan sensata y conciliadora acariciada por el gobierno español habia recibido la sanción del ilustre cardenal, ministro de Estado.

Hay que partir en esta cuestión, que tanto interesó á Madrid, de la base de que el Consejo de Estado de España ha demostrado plenamente en un luminoso informe, que el patronato de la Iglesia y hospital de los Italianos, fundados cuando España era dueña de gran parte de Italia, pertenece en primer término á lo corona. No podrá olvidarse tam-

